

★RUDYARD KIPLING★

ilustraciones de
SALVADOR BARTOLOZZI

LOS HERMANOS DE RANITA



BIBLIOTECA DE CHAPULÍN

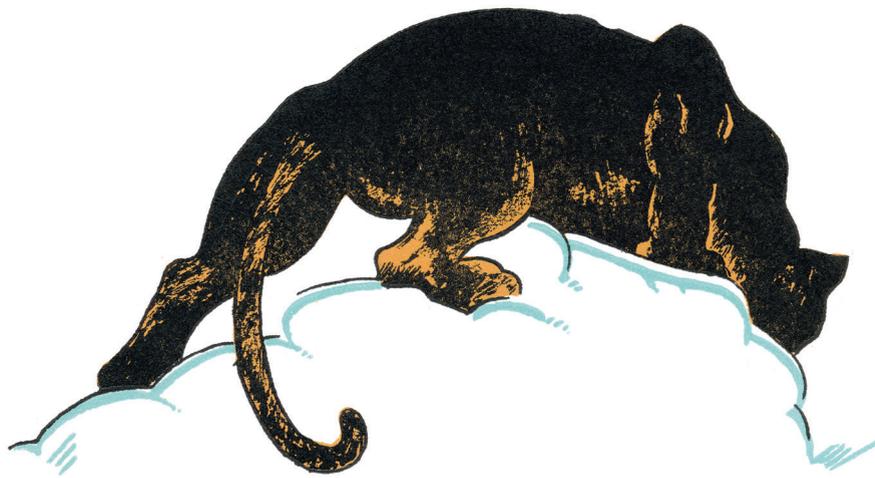
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO



LOS HERMANOS DE RANITA

RUDYARD KIPLING

ilustrado por
SALVADOR BARTOLOZZI



Universidad Nacional Autónoma de México
México 2023

Catalogación en la publicación UNAM. Dirección General de Bibliotecas y Servicios Digitales de Información
Nombres: Kipling, Rudyard, 1865-1936, autor. | Bartolozzi, Salvador, 1882-1950, ilustrador.
Título: Los hermanos de Ranita / Rudyard Kipling ; ilustrado por Salvador Bartolozzi.
Descripción: Primera edición facsimilar. | México : Universidad Nacional Autónoma de México, 2023. | Serie: Biblioteca de Chapulín. | Material infantil. | Facsímil de (manifestación): Hermanos de Ranita / Rudyard Kipling ; ilustrado por Salvador Bartolozzi. -- México : Secretaría de Educación Pública, 1943.
Identificadores: LIBRUNAM 2186582 | ISBN 9786073073103.
Clasificación: LCC PR4854.J8418 1943a | DDC 823.8—dc23

Primera edición: Secretaría de Educación Pública, 1943.

Se agradece la participación de la Fundación Alfredo Harp Helú en la edición de esta obra.



Primera edición: 9 de febrero de 2023

Primera edición facsimilar autorizada por la Secretaría de Cultura | Dirección General de Publicaciones | Dirección Editorial y de Producción | Oficio DGP/DEyP/016/2021.

D. R. © 2023 UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
Ciudad Universitaria, alcaldía Coyoacán, 04510
Ciudad de México
Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial
Instituto de Investigaciones Bibliográficas

www.libros.unam.mx

ISBN: 978-607-30-5985-5 (colección)

ISBN: 978-607-30-7310-3

Esta edición y sus características son propiedad de la UNAM.
Prohibida la reproducción parcial o total por cualquier medio,
sin autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.
Impreso y hecho en México

LOS
HERMANOS
DE RANITA
(EDICIÓN FACSIMILAR)

★ BIBLIOTECA DE CHAPULIN ★

LOS HERMANOS DE RANITA

por
RUDYARD KIPLING



DIBUJOS DE
SALVADOR BARTOLOZZI

★ SECRETARIA DE EDUCACION PUBLICA • MEXICO, 1943 ★



I

AMIGOS Y ENEMIGOS DEL NIÑO

ERA ya el anochecer, cuando el padre Lobo se despertó, bostezó y estiró lentamente sus patas. La madre Loba descansaba su hocico entre los cuatro cachorros bulliciosos y alegres; y la Luna brillaba iluminando la boca de la cueva donde vivía toda la familia, en aquella colina.

—Bien; la noche es hermosa y es hora de salir a cazar—dijo el padre.

Y se disponía a salir, cuando una sombra le tapó la entrada exclamando:

—Que la suerte te acompañe y que la tengan también tus nobles hijos para que no se olviden nunca de los pobres hambrientos.

Era el chacal Lameplatos, al que los lobos desprecian porque siempre anda con cuentos y chismes de unos animales a otros para provocar la enemistad. Pero también le temen, porque es un animal propenso a esa locura que nosotros llamamos “la rabia”, y entonces, hasta el tigre huye de él.

—Pasa y busca —le respondió el lobo—; no creo que haya nada de comer.

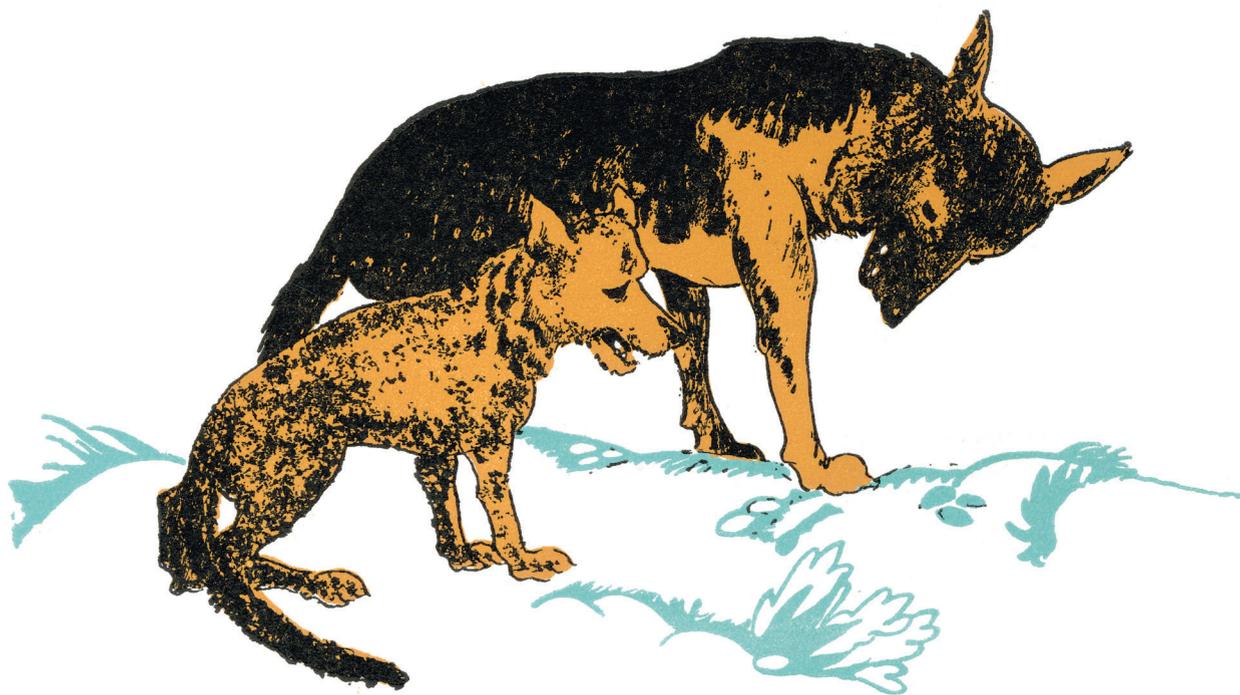
—Para un lobo no; pero para un chacal, un hueso pelado es un festín — exclamó Lameplatos.

Dejaronle uno, y después de mondarlo bien se puso de conversación. Y como no era gente de buenas intenciones, les dió esta mala noticia:

—El señor Terrible, que es el tigre más grande de la región, va a cazar ahora por estas colinas. Así me lo ha dicho.

—¡No tiene derecho a eso! —protestó enojado el padre Lobo—. No debe cambiar de cazadero sin avisarlo. Así lo ordena la Ley de la Selva. ¡Esa fiera nos va a espantar la caza, que tanta falta me hace para mis hijos!

A esto añadió la loba:





—Y cuando haya hecho que los aldeanos de por aquí prendan fuego a la maleza para ahuyentarnos a todos, él se irá tan tranquilo a otra parte y nosotros pagaremos sus culpas. ¡Pues sí que le tenemos que estar agradecidos al señor Terrible!

—Y tú —dijo con ira el padre Lobo a Lameplatos— ¡vete ya con tu amo y no nos traigas esas noticias desagradables!

—Me voy, me voy... Pero escuchen... Ya se oye al tigre rugir por allá abajo...

Después descendió el chacal por la ladera con una sonrisa de mala intención, mientras la loba se quedaba diciendo al padre Lobo:

—¡No oyes?... Esta noche no anda a caza de bueyes. Hoy persigue al hombre.

En efecto, la fiera rayada lanzaba el ronroneo zumbante que aterra a esos leñadores de las aldeas que duermen al raso, los cuales al oírlo corren despavoridos y desorientados, para meterse, a veces, entre las fauces del enemigo.

—¡Es verdad! ¡Es al hombre! —exclamó descompuesto el lobo—. La Ley de la Selva le prohíbe que mate hombres, como no estén enseñando a sus hijos a matar animales. Ya sabemos en lo que acabará esto: en que los blancos organizarán una cacería con fusiles, elefantes y hombres negros del país, y todos los animales de la selva lo sufriremos. ¡Ah, cobarde! Bien sabe que los aldeanos tienen menos defensas que él.

De pronto se oyó el grito de ataque del señor Terrible, y luego un aullido, una queja que parecía el grito del dolor. En efecto, al arrojarle contra los hombres se había quemado las patas en una hoguera.

Observándolo estaban ambos lobos desde la puerta de su caverna, cuando vieron que algo trepaba hacia ellos.

—¡Prepárate!! —avisó la madre Loba.

Así lo hizo él, que se dispuso a brincar con fiereza contra aquello que se acercaba. Pero detuvo el salto a tiempo y dijo a la loba:

—¡Mira! ¡Pero si es un cachorro de hombre!...

Frente a ellos apareció un niño desnudo que apenas sabría andar en pie; era moreno y regordete; miró cara a cara al robusto lobo y se echó a reír.

—¡Tráele! Nunca los he visto —respondió la loba.

Con los dientes, pero sin arañarle siquiera la piel, igual que si llevase un huevo de gallina o a uno de sus lobeznos,





el animal introdujo por un hombro al niño en la guarida; y lo gracioso fué ver como éste se colocaba inmediatamente entre los lobeznos, alimentándose de la loba como un hijito más.

—¡Qué alegre y atrevido es!—decía ella—. Podría matarlo con facilidad de un simple zarpazo; pero me mira, sonrío y no me tiene miedo.

En esto la luz de la Luna, que entraba en la guarida, se nubló porque el señor Terrible había colocado su hermosa cabeza y sus hombros en la entrada. El chacal Lameplatos, que le seguía, era el que venía orientándole con estas palabras:

—¡Señor, señor: en la guarida de los lobos ha entrado! Yo le he visto.

El lobo dijo entonces:

—Tenemos mucho honor en recibir en esta su casa al señor Terrible. ¿Qué desea?

—¡Mi presa! Deseo un cachorro de hombre que se ha metido aquí — respondió el tigre.

La fiera estaba furiosa; se había chamuscado las patas en la hoguera de unos hombres que huyeron, y en la desbandada sólo pudo perseguir al niño, aunque ya era tarde, porque se había guarecido. Y el padre Lobo añadió:

—Los lobos somos un pueblo libre, que solamente recibe órdenes de su Jefe; no tuyas. Ese cachorro de hombre es nuestro y sólo le mataremos si a nosotros se nos antoja.

—¡Saca de tu despreciable perrera lo que me pertenece a mí! ¡Soy yo, el señor Terrible, quien te está hablando! — exclamó con ira el tigre de piel rayada, dando espantosos rugidos.

A esto la madre Loba se deshizo de sus hijos y del niño, y poniéndose frente al señor Terrible le gritó:

—¡El cachorro de hombre es mío y muy mío! ¡Nadie lo va a matar! Jugará y cazará con los lobos... y al fin puede que sea él



quien te mate a ti, devorador de sapos, bestia despreciable, matador de ganados hambrientos... ¡Vete de mi vista!

A las puertas de la guarida, y frente



a la fiereza de aquella loba y del padre Lobo, el tigre llevaba todas las de perder; así es que optó por retirarse, gruñendo al mismo tiempo de este modo:

—¡Pero qué es eso de adoptar cachorros de hombre?... Veremos lo que dice la Manada de Lobos... Ese niño vendrá a mis colmillos con el tiempo. ¡Qué se creen estos ladrones con cola de zorro?...

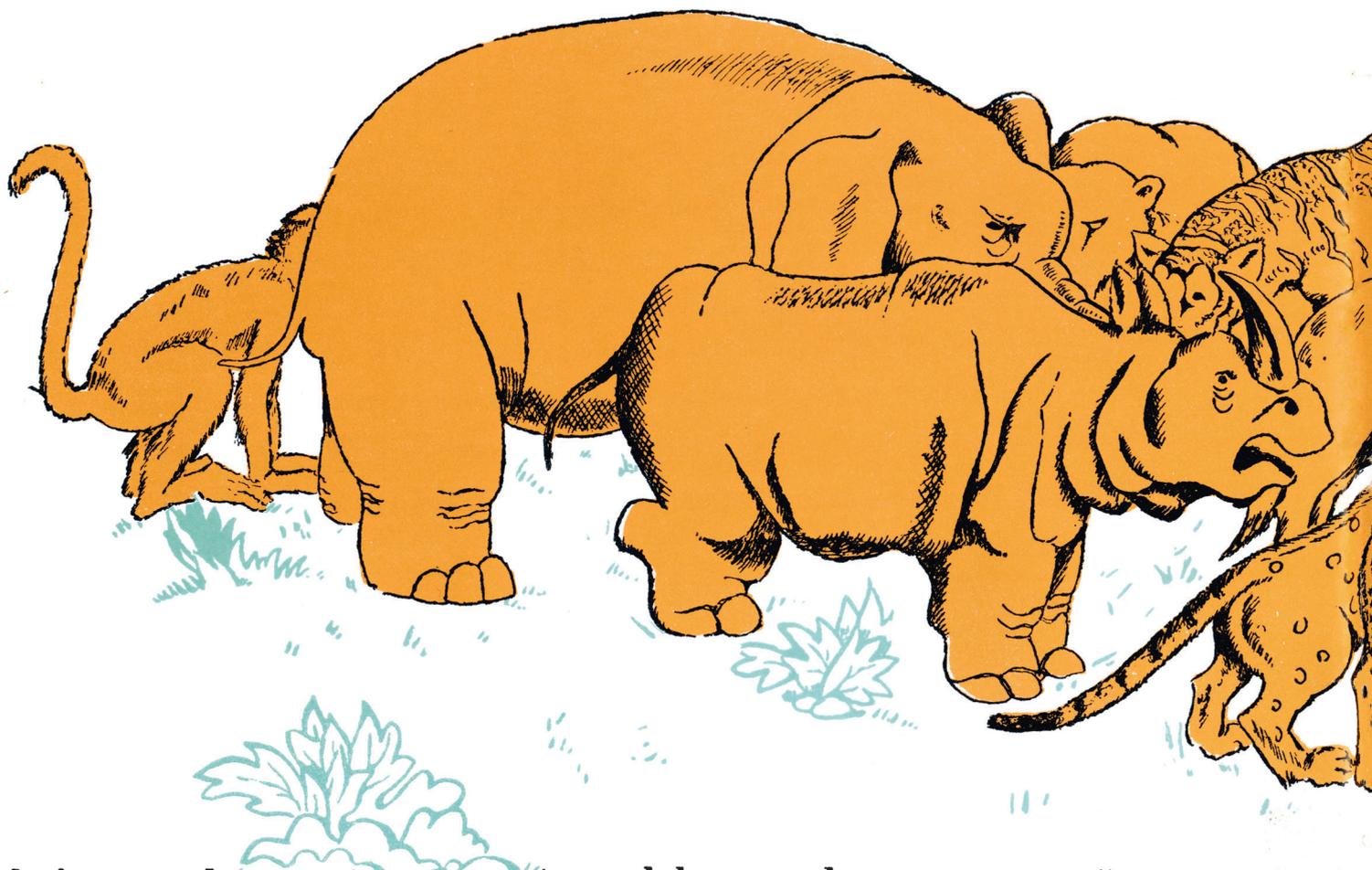
Cuando en la guarida se quedaron solos, dijo el padre:

—En eso tiene razón el tigre: para adoptarlo, lo habrás de presentar antes al Consejo de la Manada a que pertenecemos. ¡Es que tienes empeño en conservarlo contigo?

—¡Ya lo creo! —respondió la señora Loba—. Desnudo vino, de noche, solo y hambriento... y no tiene miedo. ¡Magnífica fierrecilla! ¡Y ese mentecato quería llevárselo!... ¡Ya lo creo que lo conservaré!—; y dirigiéndose al niño añadió:

—Tú estate tranquilo, que acaso llegue un día, Ranita (porque Ranita te llamaré desde ahora), en que seas tú quien dé cuenta del que quiso cazarte a ti.

La Ley de la Selva establece que los padres deben presentar a sus hijos en el Consejo de la Manada, que se reúne las noches de Luna llena; están obligados a hacerlo en cuanto los lobeznos se tienen en pie; así serán reconocidos por todos; y está prohibido,



bajo pena de muerte, que mate un lobo grande a uno pequeño, hasta que éstos han dado pruebas de su fortaleza cazando al primer gamo. Por consiguiente, cuando sus lobeznos fueran un poquito mayores, la pareja de lobos los llevaría a las Rocas del Consejo... pero esta vez acompañados también de Ranita.

El señor Solitario, que era el lobo Jefe por su fuerza y astucia, estaba sobre la roca más alta; en las otras se repar-

tían cerca de cien lobos de todas las edades. Allí se hablaba lo preciso; recordaban constantemente las obligaciones impuestas por la Ley de la Selva, y las lobas sacaban después a sus hijos a la luz de la Luna para que todos los fuesen reconociendo uno por uno.

De pronto, la madre Loba sacó al centro a Ranita, el cachorro de hombre, que por cierto se quedó muy tranquilo jugando



con unos guijarros. Y un clamor de asombro se produjo en todo el Consejo. Entonces apareció el señor Terrible gritando:

—¡Ese cachorro es mío! ¿Qué tenéis que ver los lobos con él?...

El señor Solitario irguió la cabeza y respondió:

—El pueblo libre de los lobos resolverá; pero nada tenemos que ver, desde luego, con las determinaciones de un tigre.



Algún lobo joven, acaso por celos contra el niño y por halagar al señor Terrible, dijo:

—¿Pero qué tenemos nosotros que ver con ese hombrecillo? La fiera rayada ha hablado con prudencia.

Expectación en la Manada. Hacía falta, según la Ley, que dos voces hablaran en favor del cachorro adoptado; si no, no podrían adoptarlo. Entonces el señor Paciente, el oso pardo y lento del que nadie recelaba porque sólo comía nueces y miel y no les quitaba sus cazas; el oso pacífico y sensato, exclamó:

—Permitidle que forme parte de la Manada; yo me comprometo a enseñarle la Ley y a que sepa conducirse como un lobo más entre las cosas de la Naturaleza.

Parecía que ningún otro animal iba a hablar en su favor, cuando surgió una hermosa pantera negra y ágil llamada la señora Gallarda; era astuta, audaz y valiente, pero su voz era dulce. Y ella fué la que dijo:

—¡Oh, lobo Solitario! ¡Oh, amigos del pueblo libre!... Si me lo consentís, yo os compro ese cachorro por un bravo toro que acabo de cazar.

—¡Sí, sí! — gritaron los hambrientos.

—Pues al lado del río lo tenéis. Y puesto que el hombrecillo ya es mío, seguirá con la pareja de lobos que lo han adoptado, porque así lo deseo.

De este modo Ranita ingresó en el pueblo libre de los lobos, aunque él seguía jugando tranquilamente con los guijarros. Algunos miembros de la Manada, según bajaban en busca de la pieza ya cobrada, iban diciendo:

—¡Bah! a este cachorro desnudo le matarán las lluvias o se achicharrará con el sol. No podrá sufrir la intemperie.

Pero entre tanto, el señor Solitario se acercó a la pantera y la dijo:

—Has hecho bien al salir en su defensa, señora Gallarda. Los hombres son más listos que nosotros y éste puede sernos muy útil.

Y mientras la madre Loba se lo llevaba con sus hijos a la guarida, el malvado tigre descendía de mala gana, porque hoy le habían salido mal las cosas.





II

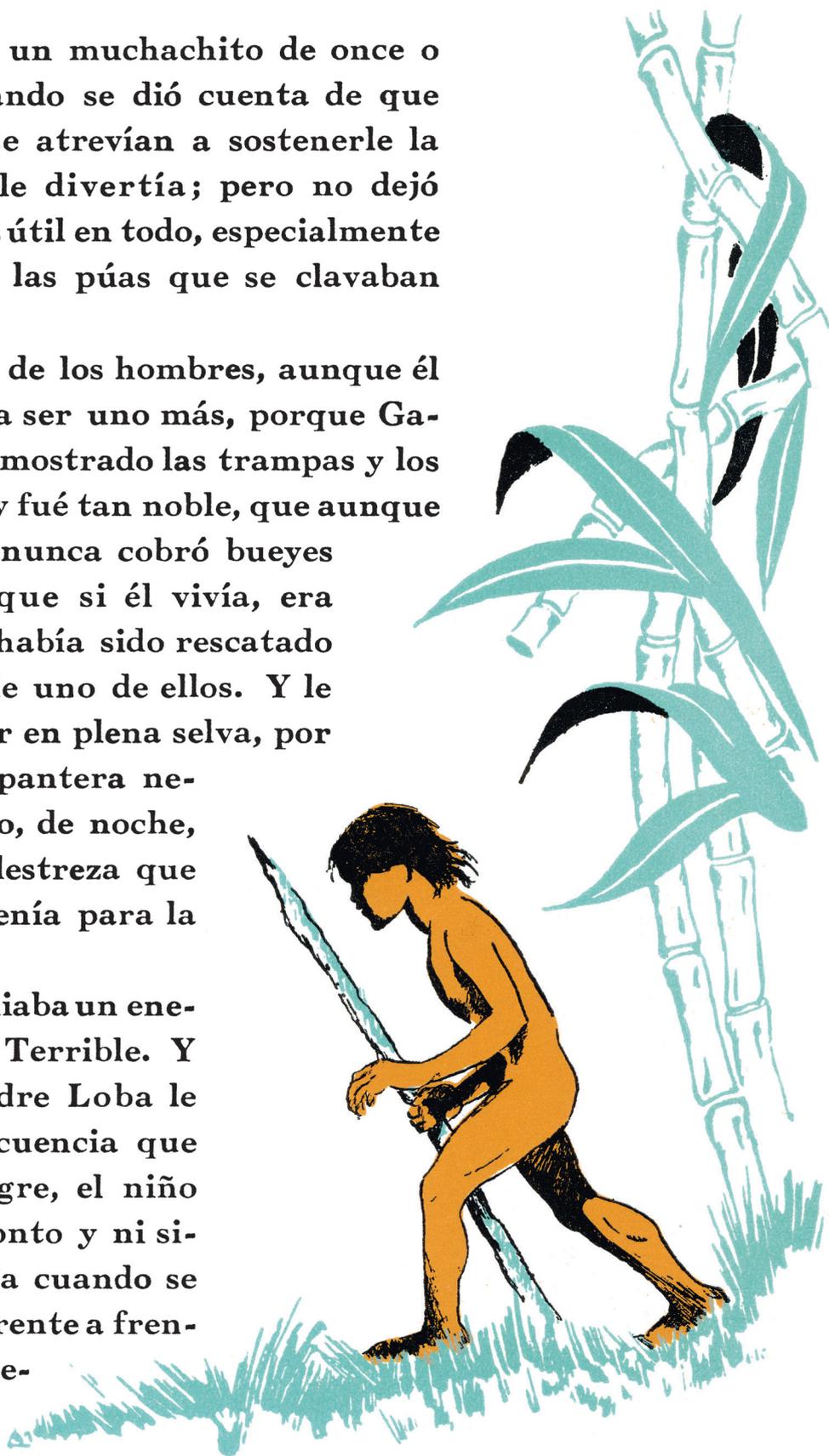
LOS PARTIDARIOS DEL TIGRE

PASÓ el tiempo y los lobeznos se hicieron lobos grandes antes de que Ranita dejase de ser niño. Por entonces el padre Lobo y el oso Paciente le fueron enseñando con suave cariño todos los secretos de la selva: lo que significaba cada movimiento de una hoja, cada chillido de algún animal, cada oleaje de la laguna, cada nube que aparecía en el cielo. Además, el señor Paciente le mostró la forma de coger miel; y Gallarda, la hermosa pantera negra, le enseñó a trepar con agilidad para que se comiera las nueces.

Aún era un muchachito de once o doce años, cuando se dió cuenta de que los lobos no se atrevían a sostenerle la mirada. Esto le divertía; pero no dejó nunca de serles útil en todo, especialmente para quitarles las púas que se clavaban en sus patas.

Recelaba de los hombres, aunque él fuese mañana a ser uno más, porque Gallarda le había mostrado las trampas y los cepos odiosos; y fué tan noble, que aunque salía de caza, nunca cobró bueyes ni toros, porque si él vivía, era gracias a que había sido rescatado por el precio de uno de ellos. Y le gustaba dormir en plena selva, por el día, con la pantera negra, y ver luego, de noche, el arrojo y la destreza que aquella fiera tenía para la caza.

Sólo le odiaba un enemigo: el señor Terrible. Y aunque la madre Loba le decía con frecuencia que recelase del tigre, el niño se olvidaba pronto y ni siquiera le temía cuando se encontraban frente a frente por los senderos ocultos de la selva.



Un día, Gallarda le dijo:

—El tigre es tu enemigo. Anda hablando y convenciendo a algunos lobos jóvenes; les dice que son unos cobardes porque no te resisten la mirada; sin duda que tiene ganas de comerte. Y debes tener cuidado, querido Ranita, porque el señor Solitario, que ahora es el lobo que manda en la Manada, ya va estando viejo y según nuestra Ley, cuando no pueda cazar ciervos él solo, le quitarán el mando y podría suceder que algunos lobos nombrasen Jefe a cualesquiera de ellos que no te quiera bien y se



deje convencer por las perversidades del señor Terrible.

—¡Bah! —repuso Ranita—; me quieren el lobo y la loba que me adoptaron, y el señor Paciente, y tú, y el lobo Solitario... ¿Qué más puedo pedir?

—No basta —le replicó la pantera—. Tú les has sacado sus espinas, saben que eres más sabio que ellos, que les miras de frente sin miedo; y todo eso puede hacerles recelar de ti. Creo, pequeño amigo, que debes apoderarte de la Flor Roja y traerla un día hacia acá.

La Flor Roja era el fuego, al que tanto temen las fieras, que ni siquiera se atreven a llamarlo por su verdadero nombre.

Pues yo te aseguro —dijo Ranita— que si tú me lo aconsejas así, lo traeré cuando sea preciso.

¡Bravo! Eres todo un hombrecito. Te aseguro que ese maldito tigre se ha echado contigo un mal enemigo.

—El lo ha querido —añadió el niño.

El muchacho de nuestra historia, antes de bajar a la aldea, donde había de recoger, como fuese, un poco de fuego, pasó por la guarida de sus padres adoptivos. Iba agitado y con cara de preocupación. La madre Loba le dijo desde dentro:

—Algo te pasa, ¿verdad, hijo mío?

Hijo le llamaba.

—Nada, madrecita. Es que ese señor Terrible anda hablando mal de mí a los lobos. Les dice que son unos cobardes si no me echan de la Manada, y desea arrojar también, por viejo, a nuestro Jefe y señor el lobo Solitario; quiere que pongan a otro en su lugar.

—No te preocupes. Tú eres valiente; tienes buenos amigos; el señor Paciente es un oso que siente por ti mucho cariño y te ha ense-

ñado el lenguaje y la Ley de la Selva. Gallarda te quiere; nosotros te adoramos...

Hablando estaba la loba, cuando oyeron un griterío en el valle. Se asomó Ranita y vió que el señor Solitario iba a pelear contra

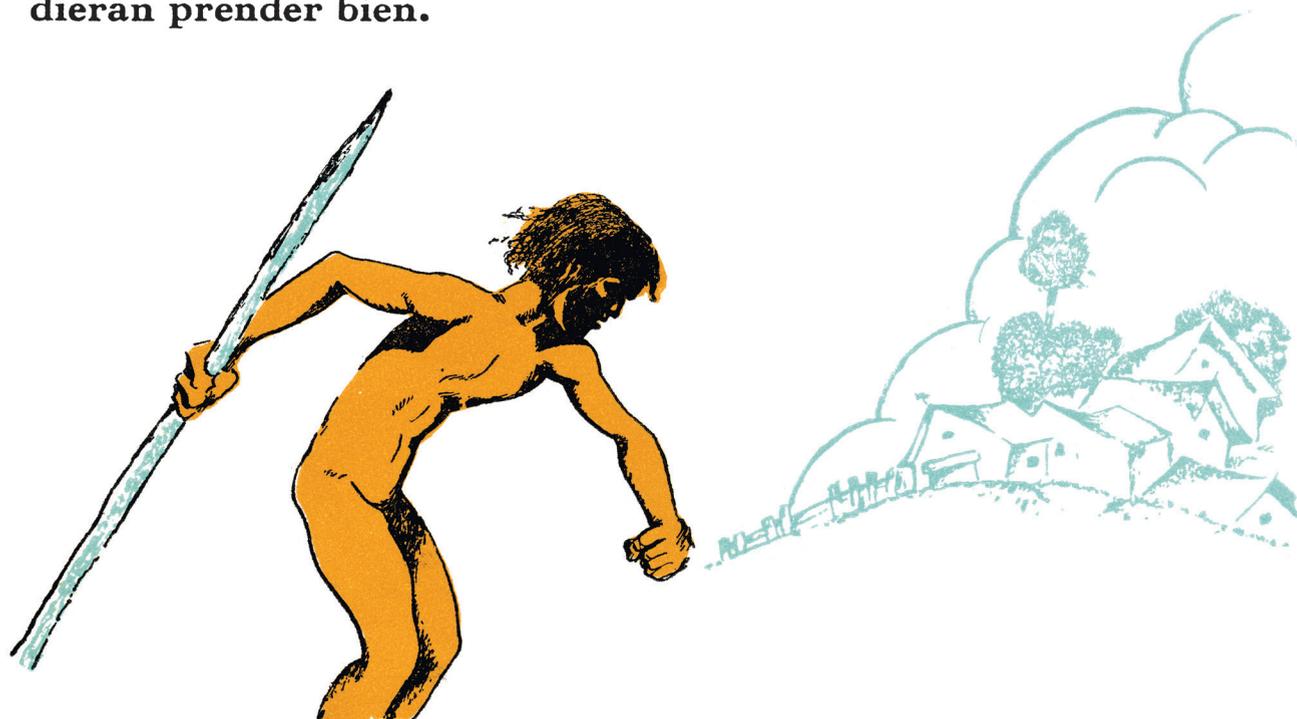


un fuerte gamo. Los demás le rodeaban; si fallaba el golpe, sus amigos le arrojarían de la Manada por anciano, por flojo y débil ya.

Efectivamente, falló y el gamo robusto se arrojó sobre él a pisotearle con las patas delanteras para luego huir alocado.

Ranita no esperó a más. Sabía lo que aquello significaba; se lo había anunciado la noble pantera negra; el viejo señor Solitario fué vencido y mañana cambiaría de Jefe de Manada. ¡Quién sabe si Ranita, en consecuencia, sería arrojado de ella, o entregado al señor Terrible! Por eso salió corriendo hasta llegar, escondiéndose entre los árboles, a la aldea; y desde fuera de una ventana, vió cómo una señora cuidaba el fuego de su hogar; lo alimentaba con carbón y con leña.

Toda la noche esperó el niño por allí escondido; y cuando al amanecer vió a un pastorcillo que llevaba, debajo de la manta, un pequeño brasero que no era más que una cesta de mimbre en la que iba un cacharrito de barro con fuego para calentarse, se abalanzó audazmente sobre él, le arrancó el braserillo y salió corriendo, trepando por rocas y abrojos hacia la cueva del padre Lobo, en la que estuvo cuidando y alimentando el fuego todo el día, en la misma forma en que lo había visto hacer a la mujercita. Y hasta eligió en los alrededores ramas secas que después se pudieran prender bien.





III

EL TRIUNFO DE LA FLOR ROJA

A la hora del Consejo, con la Luna brillando en el cielo, el señor Solitario no ocupaba ya su sitio. Esto quería decir que la jefatura estaba vacante. Y el señor Terrible, con unos cuantos lobos a los que tenía medio engañados con el deseo y la intención de que recelasen de Ranita, esperaba su momento feliz de apoderarse del muchacho.

Apenas el tigre quiso hablar, se puso en pie Ranita y exclamó:

—¿Por qué va a platicar ese perverso cazador de ganado manso, que ni siquiera es tan valeroso como para cazar ágiles gamos en la selva?...

—¿Y tú, por qué hablas? — preguntó al muchacho uno de los partidarios del tigre.

—¡Yo puedo hablar, porque fuí adoptado por la Manada! Y ese tigre no tiene nada que ver con las decisiones del pueblo libre de los lobos...

Hubo manifestaciones en pro y en contra; el señor Terrible, bien se adivinaba que había conseguido unos cuantos partidarios.

Un lobo exclamó:

—Debe hablar el Solitario, antes de que nos deje su vacante.



Invitado a ello, el viejo lobo habló así:

—Os he llevado a unos y a otros a las cacerías de la selva, y todos volvísteis conmigo felices y victoriosos; eso tranquiliza mi conciencia; no me pesa tampoco el haber aceptado a Ranita, el cachorro de hombre, que ha sido fiel a nuestra Ley y leal con todos, ya que su agilidad y sus hábiles manos se pusieron siempre a nuestro servicio. Y ahora, por una traición de esa fiera rayada, que es ajena a nuestro pueblo libre, quisísteis que probase mis fuerzas con un gamo que no estaba todavía suficientemente corrido. No me importa; tengo la obligación, puesto que fallé el golpe, de dejar mi sitio a otro, y hasta debo morir si es esa vuestra voluntad; pero ha de ser, según la Ley, viniendo a luchar uno a uno contra mí.

Aquellas palabras fueron seguidas de un silencio. Ninguno de los lobos enemigos se sentía con ánimos para pelear. Y el tigre, al ver que ninguno de sus partidarios tenía ganas de jugarse la vida, disimuló su fracaso diciendo de esta manera, con acento despectivo:

—¡Bah! Dejemos al lobo viejo que muera cuando le toque; pero entregadme a ese cachorro de hombre, que me pertenece desde el primer día y que en vuestro pueblo de lobos es una mancha que a los más dignos avergüenza.



Alguno de sus partidarios, aún se atrevió a decir:

—Es verdad. ¿Qué tiene que hacer un hombre en nuestro pueblo?... Acaso alguna vez nos resulte un espía de los pobladores de las próximas aldeas.

La señora Gallarda, pantera de buen corazón exclamó:

—Bien se ve que dices eso porque se lo has oído decir a tu maestro de cobardías, que no es otro que el tigre. Pero habéis de saber todos, habéis de recordar todos, que yo pagué un toro por su rescate. Y si ahora alguien se atreviese a entregar ese cachorro al tigre, faltaríais a vuestra honradez. Además, no olvidéis que ha ido de caza en nuestra compañía muchas veces y se ha comportado como un hermano más. Siempre ha sido un buen hermano vuestro. ¿No lo comprendéis todos así?

Entonces el tigre, y algunos de sus partidarios, gritaron de este modo:

—¡Es un hombre, es un hombre! ¡Es un espía! ¡Que se vaya de la Manada!...





—Ya lo oyes, Ranita —exclamó la madre Loba—; ahora... el asunto está en tus manos. Hijo mío, demuestra quién eres y lo que vales.

El muchacho se puso en pie, levantó sobre su cabeza con ambas manos el braserillo que tenía medio escondido, y lleno de rabia contra el señor Terrible, y asimismo lleno de dolor por culpa de unos cuantos lobos que ahora querían traicionarle, exclamó:

—Tantas veces me habéis llamado “hombre”, que me dan ganas de dejar de ser vuestro hermano, puesto que algunos me parecéis perros aulladores más que lobos valerosos. No quisiera marcharme; pero si vuestra maldad me hartase, antes quiero que sepáis lo que es un “hombre”.

Arrojó violentamente el fuego contra el suelo, se esparcieron las brasas y se prendieron con impresionante espectáculo las pajas y musgos secos de aquellas lomas. Inmediatamente, Ranita metió en el fuego una hermosa rama seca que traía preparada, y lanzando chispas y lumbre la agitó sobre su cabeza, haciendo círculos brillantes con velocidad. Luego avanzó contra los enemigos.

—¡Bien, niño; sé valiente! —le gritaba la pantera negra—. Pero salva al viejo Solitario; salva a los que han sido como tus padres, que tanto te quisieron; sálvanos del peligro de tu Flor Roja y de ese tigre perverso...

El muchacho, desnudo y con la cabellera negra sobre los hombros, impresionaba vivamente en medio de la noche, iluminado por las llamas que llevaba en sus manos.

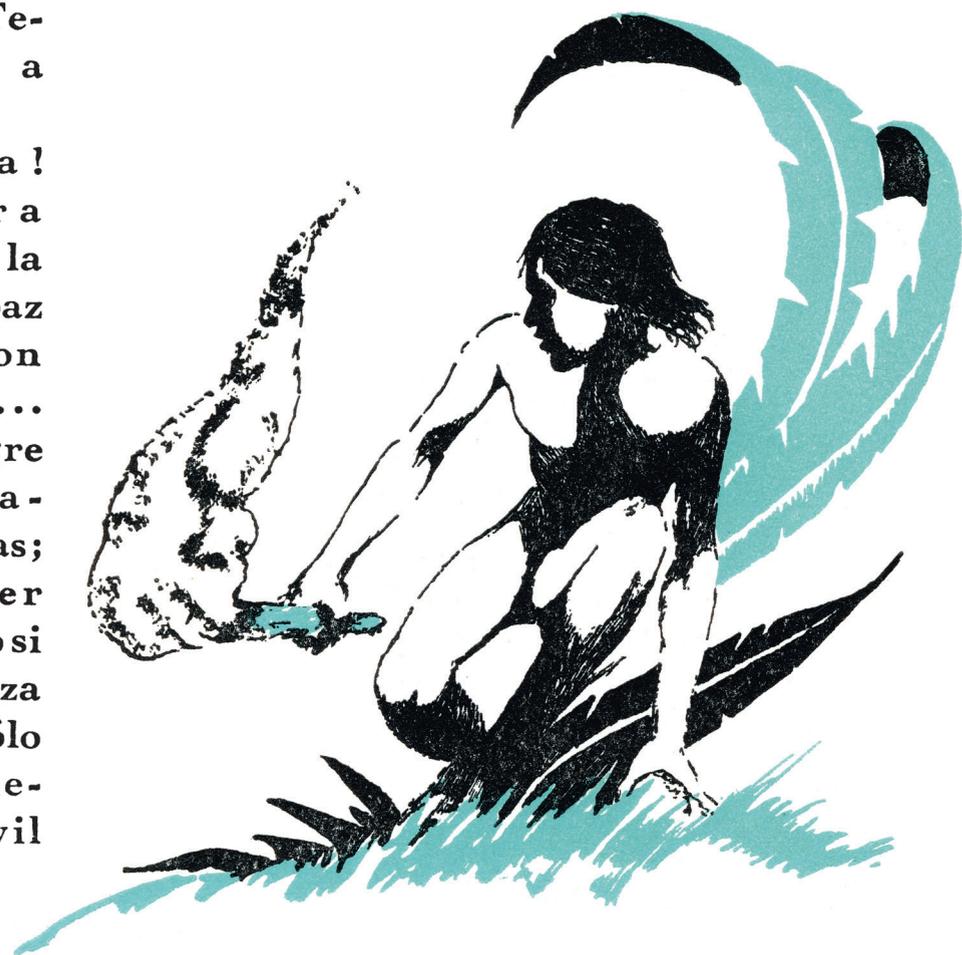
—¡Me marcharé con los hombres si ese es el deseo de la Manada! —decía—. Pero antes habéis de ver que ese tigre cobarde no es capaz de atacar al hombre.

Pronunciadas sus palabras, corrió hacia el señor Terrible; y le seguían, por si en la lucha fuera preciso ayudarlo, el padre Lobo, la madre, la Gallarda y el señor Paciente, que como recordaréis era el oso pardo que le enseñó a comer la miel y a prepararse camas de hoja seca para descansar.

Los partidarios del señor Terrible gritaban a su jefe:

—¡A h o r a !
¡Ataca con valor a Ranita que, con la Flor Roja es capaz de acabar con nuestra selva!...

Pero el tigre huía con el rabo entre las patas; huía sin correr demasiado, como si sintiera vergüenza de su huída. Y sólo le seguía Lameplatos, su servil compañero.



—¿Pero eres un tigre valeroso, o sólo un gato desgraciado? Díme ¿qué eres?— le preguntaba Ranita sin dejar de correr hacia él.

—¡Cobarde! ¡Cobarde!— le gritaban también los que tanto habían querido siempre al muchacho.

—¡Cobarde! —empezaron a gritarle, uno a uno, los que fueron partidarios del Terrible.

—¡A por él, que es un cobarde! —exclamó el que había sido más amigo del tigre.

Entonces Ranita se volvió hacia la Manada, la detuvo extendiendo pacíficamente la mano que llevaba libre, y les dijo:

—Va huído; dejadle; no seamos nosotros tan cobardes como él. Si aprendísteis algunos las enseñanzas de su traición, olvidadlas y no aprendáis ahora las lecciones de su cobardía.

La madre Loba, la señora Gallarda, el oso, el padre, el señor Solitario y cuantos habían sido fieles amigos de Ranita, vinieron



a lamerle las manos con cariño. Los que habían sido sus enemigos se apartaban a su paso como acobardados y arrepentidos.

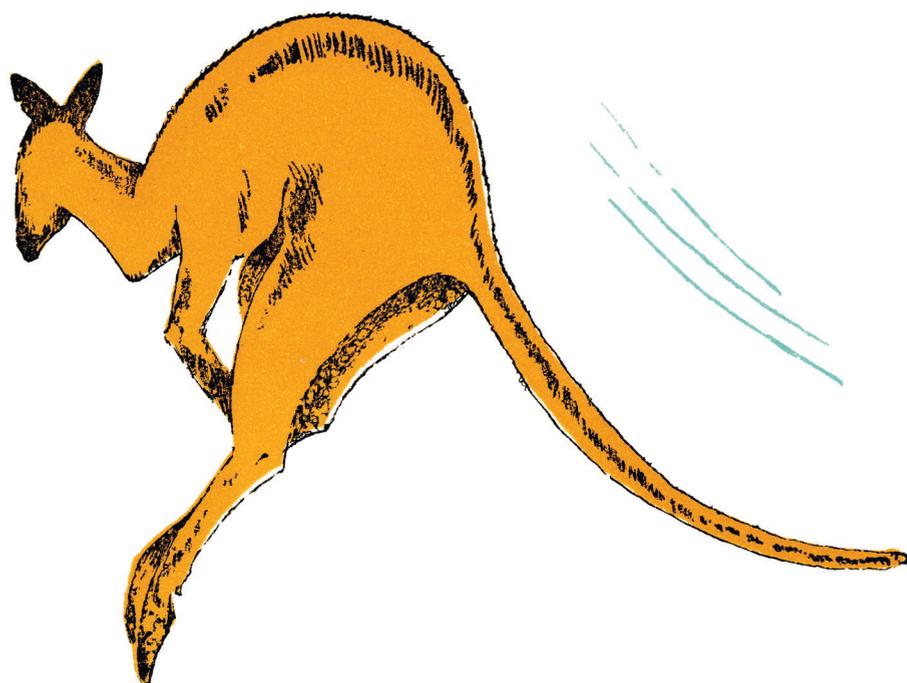
—Yo os perdono —les dijo el muchacho—; pero no basta; hace falta que la Manada os perdone también. Volvamos al Consejo.

Volvieron, en efecto, y por aclamación volvió el señor Solitario a la piedra de la jefatura. Todos se perdonaron unos a otros; hubo caricias y alegría; el fuego se apagó... y la noche se llenó de silencio y de paz. Y amigos y enemigos, en el fondo de sus guaridas, pensaban de este modo:

—Cuando un hombre es bueno y enseña la lección de su Bondad a las demás criaturas de la selva, nada hay tan venturoso. Aunque tarde, todos lo comprendemos así. La felicidad ha vuelto a nuestra Manada.

Lástima es que el tigre no pudo aprender estas nobles enseñanzas, porque en mucho tiempo no quiso volver a pisar los terrenos del pueblo libre de los lobos, y cuando lo hizo pasó por ellos humildemente.

Pero es lo cierto que desde aquella noche en que Ranita se impuso, el muchacho fué un lobo más y los lobos de aquella selva no cometieron más hazañas que las precisas para su alimentación. Al fin y al cabo, igual que los hombres.



Fin

ESTE CUENTO SE IMPRIMIO
EN LOS TALLERES GRAFICOS NUM. 1
DE LA SECRETARIA DE EDUCACION
PUBLICA Y SE TERMINO EL 26
DE NOVIEMBRE DE 1943

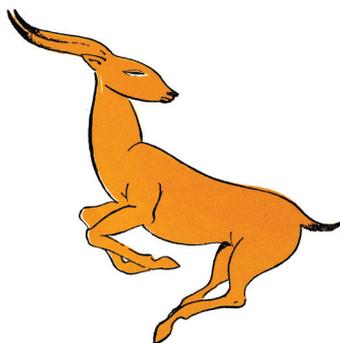


RUDYARD KIPLING nació en Bombay en 1865 y murió en Londres en 1936. Escribió poemas, cuentos, relatos cortos y novelas. En su obra muestra un panorama de la vida en la India, su país de origen, desde un enfoque británico. *El libro de la selva* es uno de sus textos más conocidos. Llegó a ser considerado heredero de Charles Dickens y precursor literario de Ernest Hemingway. En 1907, obtuvo el Premio Nobel de Literatura y en 1926, la medalla de oro de la Royal Society of Literature.

SALVADOR BARTOLOZZI nació en Madrid en 1882 y falleció en la Ciudad de México en 1950. Fue escritor, historietista e ilustrador. En España colaboró en numerosas publicaciones y en 1915 fue nombrado director artístico de la editorial Calleja por su fundador. Fue el creador de un Pinocho distinto del personaje clásico, que divirtió mucho a niñas y niños de su época. Llegó a México a finales de 1941, donde continuó su carrera e incursionó en el campo de los dibujos animados.



Escanea el código y
sabrás más sobre
Biblioteca de Chapulín.



Los hermanos de Ranita, editado por el Instituto de Investigaciones Bibliográficas (IIB) y la Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial (DGPFE), se terminó de imprimir el 21 de febrero de 2023 en los talleres de Impresos Vacha, S. A. de C. V., ubicados en la calle Juan Hernández y Dávalos núm. 47, colonia Algarín, alcaldía Cuauhtémoc, C. P. 06880, Ciudad de México. Se tiraron 2 000 ejemplares con papel Bond de 120 gramos, en interiores, y con cartulina sulfatada de 14 puntos, en forros. Impresión en offset. En la composición de la cubierta e interiores se utilizaron fuentes de la familia Adobe Jenson Pro. Dirección editorial: Socorro Venegas. Director del Instituto de Investigaciones Bibliográficas: Pablo Mora. Coordinación general: Elsa Botello. Coordinación académica: Laurette Godinas. Investigación: Francisco Mercado Noyola. Supervisión editorial: Rosalía Chavelas (DGPFE) y Josué Brocca Tovar Kuri (IIB). Digitalización: Luis Emilio Gómez Herrera. Diseño de portada, retoque y posicionamiento de imágenes: Erika Dávalos y Miguel Venegas. Agradecimientos especiales a Luis Alberto Cruz y Alberto Partida de la Biblioteca Nacional de México.

En una selva, un cachorro humano aparece frente a la cueva de los lobos. Aunque Terrible, el malvado tigre, lo reclama como su presa ante la manada, los líderes lo defienden como uno más de ellos. Lo nombran Ranita, quien logra crecer con sus hermanos y amigos, el oso Paciente y la pantera Gallarda. Todos ellos le muestran los secretos de la jungla y su ley. Con el tiempo, el joven Ranita demuestra ser leal y valeroso y, tarde o temprano, deberá enfrentarse a Terrible. ¿Crees que pueda vencerlo?

Este libro resume el inicio de la novela *El libro de la selva*, de Rudyard Kipling. Su protagonista se llama Mowgli, cuyo significado se creyó que, en alguna lengua de la India, significaba “rana”. En su momento, el autor confesó que sólo se trataba de un nombre que se había inventado.

¿Alguna vez has pensado qué leían las niñas y los niños de antes? ¿Cuáles eran sus historias? *Biblioteca de Chapulín* te transportará muchos años atrás. Cada uno de los libros de esta colección te llevará por diferentes caminos: visita países lejanos, descubre misteriosos objetos con poderes mágicos, aprende canciones nuevas y vive aventuras junto con ratones, gorriones y renacuajos fabulosos. ¡Anímate a conocerlos!



Escanea el código y
sabrás más sobre
Biblioteca de Chapulín.